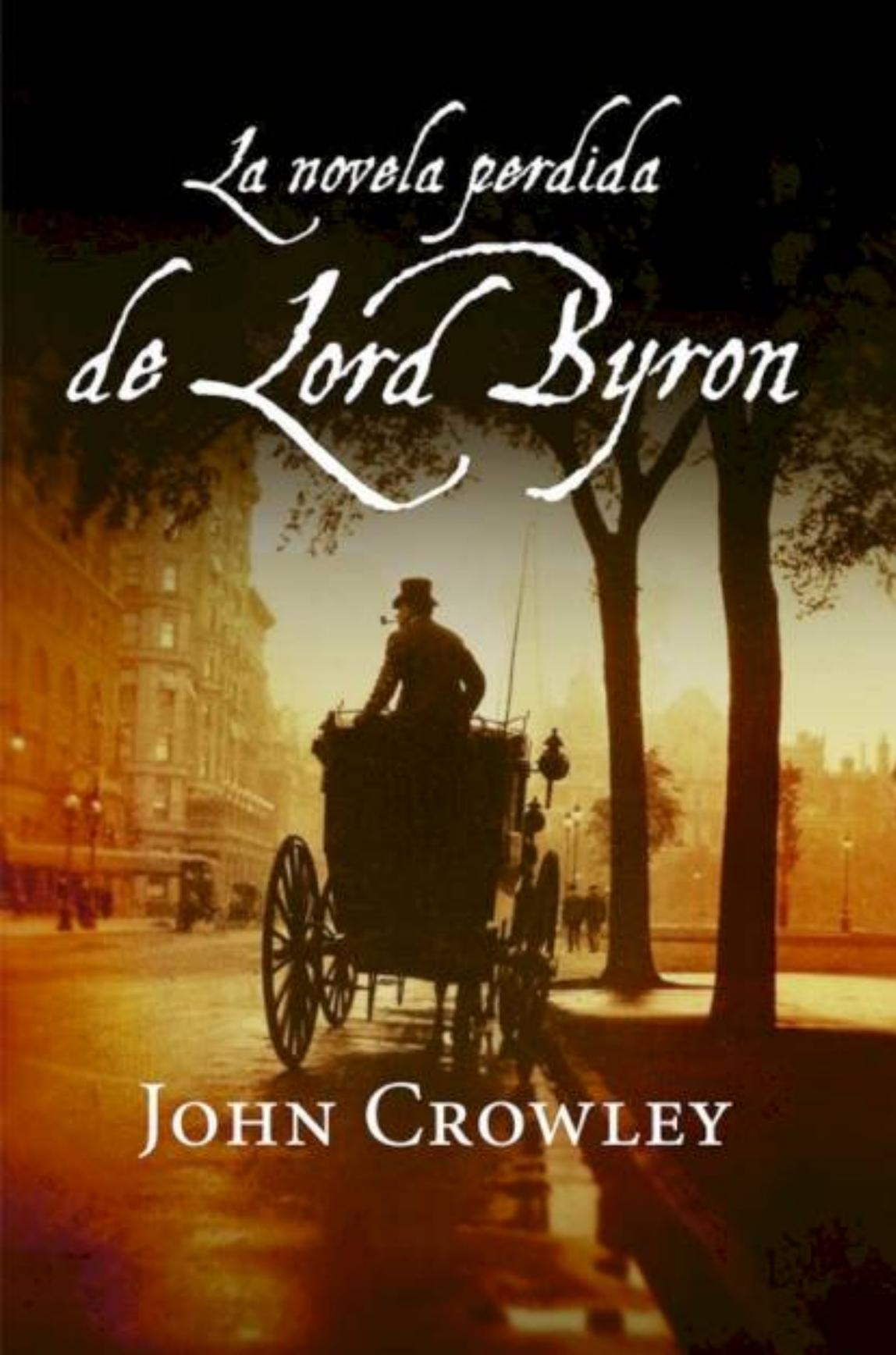


*La novela perdida*  
*de Lord Byron*



JOHN CROWLEY

En una tormentosa noche de 1816, Mary Shelley y Lord Byron se desafiaron a escribir una historia de miedo. Como resultado, Mary Shelley creó a Frankenstein, mientras que Lord Byron cejó en su empeño y abandonó el relato. Pero ¿y si lo hubiera terminado...?

Hoy, siglos más tarde, una historiadora encuentra documentos que demuestran que el mítico autor romántico llegó a escribir una novela, titulada *La tierra del ocaso*, y que el manuscrito fue salvado de la destrucción y cifrado en un misterioso código por su hija. Literatura y matemáticas se dan la mano en una investigación apasionante para descifrar la obra perdida de Lord Byron, en un acto de suplantación literaria sin precedentes.

John Crowley teje una compleja historia de traiciones, misterios y venganza. *La novela perdida de Lord Byron* es una sorprendente narración capaz de transportarnos de una época a otra, una lectura que atrapa hasta el final. En esta novela «confluyen magistralmente el Romanticismo con la Era de la Información: cada una de sus páginas desprende autenticidad. John Crowley es un magnífico narrador e inventor de historias» (Harold Bloom).

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a personas, acontecimientos, lugares u organizaciones reales tienen como objetivo conferir a la ficción apariencia de realidad y autenticidad, y han sido usadas de forma ficticia. Los otros nombres, personajes y lugares, y todos los diálogos y acontecimientos que aparecen en el libro, son producto de la imaginación del autor.

mpocé a escribir una comedia, que quemé porque la escritura se convirtió en realidad; y también una novela, que destruí por igual motivo. Puedo mantenerme distanciado de los hechos, pero el pensamiento no deja de acosarme y acosarme... Sí, sí, de acosarme.

- *Diario* de LORD BYRON •  
17 de noviembre de 1813

<http://www.strongwomanstory.org/brit/lovelace.html>

## 2. Científicas británicas



Ada Byron, condesa de Lovelace  
10 de diciembre de 1815  
27 de noviembre de 1852  
Primer programa informático,  
1842-1843

Ada Byron fue hija del poeta romántico George Gordon, [Lord Byron](#), y de Anne Isabella Milbanke, quien se separó de Byron al mes de nacer Ada. Cuatro meses más tarde, Byron abandonó Inglaterra para siempre. Ada fue educada por su madre, lady Byron, y no volvió a ver a su padre, que murió en Grecia en 1824.

Lady Byron era aficionada a las matemáticas, y procuró que Ada tuviera un tutor que le enseñara esa disciplina además de ciencias y otras materias relacionadas, en lugar de literatura y poesía, para contrarrestar cualquier tendencia que pudiera haber heredado de su padre, famoso por ser «malvado, falso, alguien peligroso de conocer». Ada aplicó su imaginación al campo científico, desde la electricidad a la biología y la neurociencia. Obtuvo fama en los círculos científicos de la época. De hecho, se le atribuía la autoría de *Vestiges of the Natural History of Creation* (un Victoriano éxito de ventas anónimo sobre la evolución, que no había escrito ella).

En 1835, Ada contrajo matrimonio con William King, diez años mayor que ella, y se convirtió en condesa de Lo-

velace en 1838. Ada tuvo tres hijos; al menor le llamaron Byron, y más tarde se convertiría en vizconde de Ockham.

Ada contó durante muchos años con la amistad de [Charles Babbage](#), profesor de matemáticas en Cambridge e inventor del [Motor Diferencial](#). Esta enorme máquina, en cuyo diseño y elaboración se invirtieron diez años, era más una calculadora que un ordenador, y empleaba el «método de diferencias finitas» para construir tablas logarítmicas y llevar a cabo otros cálculos. Ada conoció a Babbage en 1833, cuando ella sólo tenía 17 años.

En 1834, Babbage había trazado los planos para un nuevo tipo de máquina de cálculo, un [Motor Analítico](#), que (tal como Ada lo percibió) habría de convertirse en antecesor de los ordenadores actuales. Podía programarse para producir (¡e imprimir!) resultados de diversos tipos. Ada afirmó que el Motor Analítico podía tejer modelos algebraicos como el telar de [Jacquard](#) tejía dibujos de pájaros y flores. (Los tejidos de Jacquard se realizaban gracias a una secuencia de tarjetas perforadas.) En 1842, un matemático italiano, [Louis Menebrea](#), publicó un artículo en francés acerca del Motor Analítico. Babbage pidió a Ada que lo tradujera: ella añadió una serie de notas a la traducción cuya extensión superaba a la del propio artículo, en las que explicaba las enormes posibilidades de semejante máquina e incluía un breve [programa](#) de instrucciones, paso a paso, que dicha máquina podía seguir para solventar un problema determinado. Por breve y primitivo que fuera, se trata del primer programa informático de la historia: una serie de instrucciones que un artefacto mecánico puede seguir para alcanzar un resultado.

Ada murió de cáncer en 1852, casi a punto de cumplir 37 años, y fue enterrada junto al padre a quien jamás llegó a conocer. [AN]

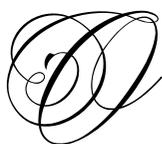
[NOTA: *página en construcción*]

| [Home](#) | [Siguiete](#) | [Anterior](#) | [Acerca de Strong Woman Story](#) | [Búsqueda](#) |



## UNO

*En el que un Hombre es guiado por un Oso, y los  
antecedentes de ello*



BSERVA —¡mejor, no!, pues nadie puede observar, salvo la insensible luna, que sin avanzar surca las nubes— a un joven lord que, desde los baluartes de su habitáculo medio en ruinas, mantiene una tardía vigía. Envuelto en una manta escocesa, que poco difiere de la que desde tiempos remotos han lucido sus antepasados (no sólo los escoceses), ciñe un espadín de hoja curva, engastado en piedras preciosas nada propio de la factura de esta tierra norteña. También dos pistolas de cañón corto, firmadas por los Manton; la fecha corresponde a un año de nuestro siglo, aunque aquello que el joven observa a la luz de la luna ha permanecido inalterable durante los últimos siete u ocho. Ahí está el antiguo baluarte que encara el norte, lugar donde se yergue el joven, bastión en cuyas piedras apoya la mano. Más allá, mira el pedregoso acantilado cubierto de brezo y aulaga que se extiende hacia las montañas, y, gracias a la agudeza sobrenatural de su mirada, el hilo que un sendero dibuja hacia lo alto. Negra contra el ominoso cielo se recorta la silueta de una atalaya, donde muere el mencionado sendero. Y más allá, en la oscuridad, el millar de acres de páramos salvajes de Caledonia y las construcciones de las que este joven observador es heredero. Su nombre, que quizá sorprenda al lector, no es otro que Alí.

¿Qué enemigo lo empuja a armarse? En verdad no conoce a ninguno, ni los sirvientes que abajo duermen, ni bandidos o rivales de su clan y de su padre el laird, tales como los que una vez pudieron haber acechado en la oscuridad.

¡Su padre el laird!<sup>[1]</sup> El lector lo recordará, si es que el lector es de los que escuchan las habladurías que alzan el vuelo en los palcos de los teatros, o frecuenta las carreras de caballos, o los infiernos; si ha vagado por los clubes exclusivos, o por lugares con nombres menos eufemísticos, los juzgados, los tribunales. John Porteous —quien, a la muerte de su sorprendido e indefenso señor, heredó el singularmente inapropiado título de lord Sane<sup>[\*]</sup>— era un catálogo de pecados, no sólo los menores, como la lujuria y la gula, sino también los más importantes, como el orgullo, la ira y la envidia. Consumió su patrimonio, y cuando acabó con él procedió a consumir el de su mujer y arrendatarios, y luego tomó prestado, o forzó a que le prestaran, más de sus aterradas amistades y relaciones próximas, que sabían perfectamente bien que el lord no tendría el menor reparo a la hora de exponer a la sociedad sus indiscreciones, a las que él mismo los había arrastrado a lo largo de las décadas precedentes. El «chantaje» era una palabra de la que aseguraba renegar, ya que, según decía, jamás recurría al correo<sup>[\*]</sup>. En qué gastaba esos beneficios, obtenidos por el medio que fuera, parecía interesarle menos que el propio hecho de gastarlos; siempre estaba dispuesto a dilapidar todo cuanto poseía en el preciso momento en que se hacía con ello. Se trataba de un acto de destrucción tal que le hizo acreedor del mote de Satán, en una época en que los motes estaban de moda. Era hombre malvado, y lo cierto es que su maldad le causaba diabólico regocijo, y cuando no era presa de ella, cuando no andaba por ahí iracundo o enloquecido por cualquier obstáculo que se opusiera a sus deseos, era un buen tipo, a su manera, y de mundo. Había

viajado lo suyo, había contemplado la Sublime Puerta, paseado a la sombra de las Pirámides, y era el padre (aunque no habría pruebas de ello) de camadas de cachorros de piel oscura en diversos puntos del sur y el este.

Últimamente Satán Porteous se había retirado a las propiedades escocesas de su esposa<sup>[2]</sup>, propiedades que él había mejorado y despojado en igual medida. A las antiguas torres y almenados, y a la capilla en ruinas, un laird anterior había añadido un ala paladina de gran tamaño y aire sombrío, obras que lo habían arruinado por completo; ahí era donde el actual laird mantenía a su esposa, lejos de la vida social del mundo elegante, lejos, en realidad, del mundo entero. Se rumoreaba que lady Sane había enloquecido, y a juzgar por lo poco que sabía de ella el heredero de lord Sane, lo cierto era que no parecía estar del todo en sus cabales. Satán había dilapidado hacía tiempo la fortuna de la dama, y luego, cuando necesitó dinero, estrujó a los arrendatarios y vendió la madera de los bosques, lo que hizo aumentar la sensación de melancolía que exhalaba aquella desolada tierra, más incluso que la capilla sin vidrieras abierta a la visita del búho y el zorro. Los árboles tardan un siglo en crecer, el dinero ya se ha gastado. Tiene un oso amaestrado, y un lince americano, y se yergue entre ambos cuando reclama la presencia de su hijo.

Sí, es él, su padre, lord Sane, a quien Alí teme, aunque esa noche no se vea ni rastro de él por los alrededores. Con sus propios ojos, Alí había visto partir el coche de su señoría en dirección sur, tirado por cuatro caballos negros, sobre cuyos lomos oscuros restallaba el látigo del cochero. Sin embargo, siente miedo, tanto como valor corre por sus venas. Su propio ser se le antoja la llama que corona una vela, tan fácil es de apagar.

La luna había cruzado el ecuador del firmamento cuando, temblando, aunque no de frío, Alí se retiró. Su nuevo perro terranova, *Guardián*, yacía junto a la cama, y había conciliado con tal rapidez el sueño que apenas abrió un ojo

al oír los familiares pasos de su amo. ¡El más antiguo, el más fiel de los amigos! Alí acercó un instante el rostro al cuello del perro. Luego apuró el último trago de una copa de vino, en la que había vertido algunas gotas de Kendal<sup>[3]</sup>. A pesar de todo no se desvistió —tan sólo se cubrió con una manta, a mano las pistolas—<sup>[4]</sup>, apoyó la cabeza sobre las frías almohadas, y, pensando que no podría, se quedó dormido.

Despertó de golpe, rodeado de una profunda negrura, sintiendo sobre sí el tacto de una mano fuerte. Se sobresaltó, y podría haber dado un salto y haber tirado de la pistola que tenía tan a mano, pero no hizo tales cosas. Yació inmóvil, tanto como si siguiera dormido, puesto que el rostro que le observaba, si bien no le resultaba desconocido, no pertenecía a un hombre. Piel negra, ojos pequeños y amarillos, y una tenue luz refulgía en sus colmillos, largos como dagas. ¡Era la zarpa del oso amaestrado de su padre<sup>[5]</sup> la que reposaba sobre su propia mano!

Al comprender que Alí estaba despierto, el negro animal se dio la vuelta y trotó por el suelo de la estancia. Y en la puerta entornada se volvió para mirar a Alí, y lo que dijo su mirada resultó evidente: quería que éste lo siguiera.

El joven lord se levantó. ¿Qué había sido de su perro *Guardián*? ¿Cómo era posible que estuviera la puerta abierta? Las preguntas cruzaron fugaces su mente para luego desaparecer, sin respuesta, como burbujas en el aire. Tomó la cimitarra, se echó a la espalda el tartán, y el oso —en cuanto vio que Alí tenía intención de seguirle— se irguió hasta adquirir la postura de un hombre y empujó la puerta, para acto seguido ponerse a cuatro patas y descender la oscura escalera. Se antojaba extraño que nadie más se hubiera despertado en la casa, aunque esta reflexión desapareció tan pronto como la tuvo. Una y otra vez el oso volvía la cabeza para comprobar que el joven lord lo seguía. Aunque puede erguirse sobre dos patas para sorprender y ate-

morizar a sus enemigos, o alcanzar el fruto que cuelga en lo alto de una rama, el oso suele preferir desplazarse a cuatro patas, como un perro; y si bien sus garras y colmillos rivalizan con los del león, es animal de carácter más templado que éste y prefiere platos con menos carne.

Consciente de ello, y sin dar vueltas a ninguno de los otros asuntos en los que podría haber pensado en semejante paseo, Alí cruzó el parque desierto y pasó bajo el arco de un angosto puente que colgó en tiempos sobre el revuelto terreno de un torrente; después se alejó del camino y tomó un sendero de arcilla blanca, el mismo que había vislumbrado antes su mirada a la luz de la luna, en dirección a la atalaya. El misterioso astro no parecía haber avanzado en el cielo, pero brillaba tanto o más, y soplabla el viento frío procedente del Atlántico y las islas de Irlanda, y de América —pensó Alí, que jamás había contemplado esos lugares—; siguió caminando tras el negro borrón de su guía ursino como flotando, como si ningún esfuerzo le fuera exigido para llevar a cabo el ascenso.

La atalaya se hallaba al frente, y el oso se puso de nuevo en pie tal como lo hace el hombre, y con una garra amarilla, curva, la señaló. Hacía tiempo que la puerta de entrada estaba derruida, y podía verse una luz tenue en su interior.

—No avanzaré más —dijo el oso, en cuya capacidad de hablar no reparó Alí—. Tú y sólo tú debes descubrir quién yace en la torre. No te laments, pues yo no lo haré. Él ha sido igual de cruel conmigo, más aún, que contigo. ¡Adiós! Si vuelves a verme, piensa que tu hora ha llegado y que estás a punto de emprender otro viaje.

Alí estaba decidido a retener al animal, rogarle o exigirle que le contara más, pero ya éste se había esfumado en la oscura noche y no quedaba más que el eco de sus palabras. Alí se volvió hacia la torre y hacia la luz que surgía de su interior.

Al punto, el mundo y la noche sufrieron una especie de sacudida, como el temblor que recorre en ocasiones el mar en calma o el flanco de un caballo; y como edificios derruidos a su alrededor al paso del terremoto, la noche cayó hecha añicos, su sueño se quebró y despertó. Se había quedado dormido. ¡Y había soñado! Aun así, y sin duda era lo más extraño, se hallaba en el sendero que conducía a la atalaya, que se alzaba al frente, más lejos que en su visión, más sólida la factura de la piedra y del cemento, aunque todo lo demás idéntico: el aire, la tierra y él mismo. No tenía conocimiento de la existencia de tales sonambulismos<sup>[6]</sup>, pues así se denominaban; no sabía cómo podía ser que en pleno sueño pudiera haberse armado, salido de la casa y ascendido por la colina, sin tropezar y haberse roto el cuello. Cierta dosis de asombro lo invadía como un trago gélido, y también temible, tan gélido que le encogía el corazón, puesto que, desde el lugar donde se hallaba, podía ver que, en efecto, en el interior de la torre ardía una luz tenue, como en su sueño.

La luna casi había descendido del todo. Sintió, tanto como percibió, el camino que se extendía al frente. Ni un instante pensó en retroceder, y más tarde habría de preguntarse por qué: porque se lo habían ordenado, porque estaba allí, porque no podía hacer otra cosa.

No sólo la puerta, sino también el suelo y las paredes del antiguo edificio estaban en ruinas, derruidos, no quedaba ni rastro de ellos, hueca la torre como el emblanquecido hueso medular, el techo al descubierto y unas pocas estrellas visibles. Por lo demás todo era oscuridad, y con una única luz, la linterna que consumía la última gota de aceite como si le faltara el aire. Debe darse la vuelta, Allí debe hacerlo, para ver qué ilumina la luz que despide la linterna — ¡porque la luz parece dirigida a propósito hacia algo concreto!—. Pronto descubre, suspendido a medio metro en el aire, un bulto como de un hombre: negro rostro, ojos casi salidos de las órbitas que le observan a su vez, lengua ne-

gra también, negra lengua que asoma como en un gesto de burla. La recia sogá de la cual pende, sujeta a los puntales de piedra del piso superior, se enrosca a su alrededor como hilo de araña. No se trata de un demonio del infierno atrapado en sus propios afanes —eso es cuanto sabemos de ellos en esta nuestra vida terrenal—, y su nombre no es Legión. Quien pende de la sogá es *Satán Porteous*, padre de *Alí*, lord *Sane*, ¡y está MUERTO!

\* \* \*

Cómo un joven con el nombre del yerno del Profeta, un joven cuya piel tenía el color del bronce, y del ónix los ojos, llegó a residir en una lejana tierra cerca de Thule, donde los muchachos de ojos azules y pelo castaño o rubio crecían pálidos a la luz de un sol rácano, sólo puede conjeturarse. Ni a los barcos ni a los carruajes les importan sus pasajeros, ni tampoco adónde los llevan, y más de una casa en Londres puede alardear de moro negro en la puerta o de hindú con turbante sentado a la mesa. Pero que semejante ejemplar no sólo residiera en la casa del lord escocés, sino que, además, fuera su heredero —y, a juzgar por el espectral aspecto de quien colgaba en la torre, se había convertido ya en el sucesor legal del atado y estrangulado lord que parecía devolverle la mirada, en el poseedor de todos sus títulos y tierras—, eso sí puede ser que merezca una explicación.

A pesar de que se lo llevaron de allí a temprana edad —o puede que debido a ello, ya que el corazón responde a una lógica propia en cuanto al funcionamiento de la memoria se refiere—, *Alí* conservaba un recuerdo diáfano de la tierra donde había pasado parte de su infancia. No supo de niño qué madre lo había alumbrado, ni quién era o había sido su padre; era huérfano, y siempre había vivido con un tutor de avanzada edad en una espartana cabaña, o *han*,

en las montañas de la provincia de Ochrida, en la montañoso Albania<sup>[7]</sup>, en un paisaje que, si de niño se le hubiese ocurrido considerar la cuestión, habría creído que empezaba consigo mismo, en los albores de los Tiempos, ya que de pocos lugares como de estas montañas puede decirse que han permanecido inalterables desde los días de Adán o, al menos, desde los tiempos de Abraham.

Cuidaba del rebaño, tal como habían hecho sus antepasados. Las cabras proporcionaban leche y carne, así como el amplio cinto albanés y las sandalias, que no se ponía muy a menudo. Las cabras no exigían grandes atenciones, ya que en ese país se las deja libres para hacer sus cosas, que son muchas; se las puede encontrar en lo más profundo del bosque, o verlas en lo alto de las rocas más altas, como las cabras de Virgilio, y sólo cuando se las reúne al anochecer y los niños las guían con los bastones a los cercados se antojan domesticadas. En invierno, Alí y sus compañeros las llevaban a las montañas, y en verano las devolvían de nuevo a las cálidas llanuras; tras la vendimia, las cabras campaban a su aire en los viñedos, donde comían, competían y se divertían unas con otras —con la bendición de Baco— de la manera que es de esperar, a mayor gloria de su señor. Este nuestro Thane por descubrir tenía por único padre a un anciano, un pastor cuya ceguera aumentaba a pasos agigantados debido al fuego que ardía en el interior de la cabaña o *han*, fuego cuyo humo salía, o mejor dicho *no salía*, por el agujero del techo. Pocos albaneses alcanzan una avanzada edad sin sufrir de un modo u otro los efectos. Alí cuidaba de él con sumo cariño, le llevaba las tortas de pan, la taza de café y el *chibouque* al caer la noche. El tacto de este viejo ciego, áspero y simple como si fuera la más anciana de las cabras de las que ambos cuidaban, era buena parte del amor que Alí conocía, pero no todo.

Y es que había otra criatura, que también había sido confiada a los cuidados del anciano. Una niña, cuyo nom-